

## *El recorrido del Quijote en el bicentenario*

MARÍA DE LOS ÁNGELES GONZÁLEZ BRIZ<sup>1</sup>

Para trazar un mínimo recorrido de la lectura del *Quijote* en el Uruguay, en este año de revisiones bicentenarias, puede partirse de la seguridad de que la novela estuvo presente en las primeras bibliotecas existentes en Montevideo, o sea que la presencia cervantina en el territorio no coincide con el bicentenario, sino que lo antecede. Porque el *Quijote* pertenece al patrimonio cultural y simbólico propio desde los orígenes mismos de las sociedades hispanoamericanas, aunque hace doscientos años participara de algún modo, en la conversión de mitos y valores que supuso el cambio revolucionario. La adopción del libro de Cervantes como mito cultural al servicio de ciertos ideogramas vinculados con la identidad nacional y la matriz hispánica, que empezó a consolidarse hacia fin de siglo y se potenció en los centenarios del *Quijote* de 1905 y 1916, partió de un estatus previo de la obra que también en el estrecho campo cultural montevidiano había conquistado la condición de clásico de la lengua y de la cultura hispanoamericana en general<sup>2</sup>.

Algo similar ocurrió en las otras regiones de Hispanoamérica, desde la llegada de los primeros ejemplares del *Quijote* al continente hasta los comienzos del siglo XX, pasando por los años de conmoción revolucionaria. En principio, y aún en el terreno de las hipótesis, no parecería demasiado arriesgado suponer un conocimiento temprano de la obra en una sociedad que nace en 1724, bajo el estatuto de colonia española. Sin embargo, pudo no haber sido así, ya que, como se dijo, hasta avanzado el siglo XVIII el *Quijote* no conquistó férreamente la condición de clásico en el campo cultural español. A un rapidísimo éxito en el siglo XVII en España, simultáneamente al resto de Europa y a una singular recepción en América, siguió una etapa de menor atención, sobre todo en España. Aun así, no puede desconocerse la trascendencia que el libro tuvo en América, casi desde su aparición. En muchos estudios se ha relevado abundantemente la gran cantidad de ejemplares que ingresaron al Nuevo Mundo desde el siglo XVII (Icaza, 1918; Torres Revello, 1940; Rodríguez Marín, 1911; Leonard, 1953).

Pedro Luis Barcia sintetiza de este modo las investigaciones sobre los números que se han recabado respecto al envío de ejemplares a América:

- 
- 1 Profesora de Literatura egresada del Instituto de Profesores "Artigas", Licenciada en Letras por la FHCE (UDELAR). Dicta la asignatura Literatura Española en las especialidades Literatura e Idioma Español en el Instituto de Profesores "Artigas" y es Asistente de Literatura Española en la FHCE (UDELAR).
  - 2 Sobre la interpretación del *Quijote* en sentido político y su necesidad en el contexto histórico de principios del siglo XX he venido trabajando en los últimos años (ver "Hace un siglo en Uruguay. Don Quijote en 1905", en *Ámbitos. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*. Córdoba, 2005, N° 13, 2ª época, ISSN 1575-2100 y "El *Quijote* como campo de batalla: lecturas uruguayas del siglo XX", en *Ascune*, José Ángel y Alberto Rodríguez (ed.). Cervantes y la modernidad. Berlín: Reichenberger, 2007.

Se ha documentado que el 25 de febrero de 1605, Pedro González Refolio presentaba a la Inquisición un pedido de autorización para enviar a América cuatro cajas de libros, y que en ellas figuraban «5 Don Quixote de la mancha». Y que, el 26 de marzo de 1605, 75 ejemplares del Quijote fueron embarcados en Sevilla, en una de las 45 cajas de libros enviados a América, y que fueron desembarcados en San Pedro de Portobelo, en Tierra Firme, remitidos por el mercader peninsular Juan de Sarriá [...]. En fin, Francisco Rodríguez Marín (1911) ha probado que el 12 de julio de 1605 se envió a las Indias una partida de nada menos que 262 ejemplares de El Quijote. (Barcia, 2004: 74).

José Montero Reguera propone que ese elevado número habría contribuido en forma decisiva al rápido agotamiento de las seis primeras ediciones de la novela y que “*el envío de ejemplares a tierras americanas comenzó el mismo año de la publicación de la primera parte del Quijote*” (Montero, 1992:135). Eso, a pesar de que estuviera prohibido por las autoridades remitir hacia América obras “*de imaginación*” (Rodríguez Marín, 1911: 21).<sup>3</sup>

En sus *Nuevas tradiciones peruanas*, Ricardo Palma cuenta una atractiva historia de cómo habría llegado el primer *Quijote* a esta zona del mundo en noviembre de 1605, enviado desde México a las manos del Virrey de Perú, Gaspar de Zúñiga Acevedo y Fonseca. Las fuentes orales de las que el escritor romántico dice recoger estos datos no ofrecen garantías de su veracidad pero, en cambio, parece más confiable su testimonio de un ejemplar dedicado por el propio Cervantes a un amigo de juventud, Juan de Avedaño, quien residía en Lima y ya en 1606 “*daba noticias personales sobre el autor*”. El valioso volumen habría quedado en poder de la marquesa de Casa Calderón, literata limeña, y luego del doctor Agustín García. El propio Palma confiesa en su relato haber hecho en él su primera lectura del *Quijote*, hacia 1850 (Palma, 1977: 398–400).

Además de estos testimonios, en los virreinos más antiguos se ha rastreado la carnalización de los personajes de Don Quijote y Sancho, como ocurrió en fiestas de disfraces de Perú ya en 1607 (Icaza, 1918: 115), pero habrá que esperar a 1746 para obtener una mención directa de algún libro cervantino en el inventario de una biblioteca chilena (Montero, 1992: 137).<sup>4</sup>

Por otra parte, parece natural que en ciudades como México y Lima, fundadas a mediados del siglo XVI y rápidamente colonizadas por los españoles, se hayan encontrado testimonios anteriores de la recepción cervantina. En su meticulosa revisión de fuentes e

3 Anastasio Rojo consigna los títulos de los libros que más se enviaron a América en el siglo XVI: “*La literatura está representada por Espejo de caballerías, Amadís de Grecia, La Araucana, de Arcilla, el Romancero historiado, de Lucas Rodríguez, Romancero, de Padilla, Orlando furioso, Segundo Cancionero, de Jorge de Montemayor, Florisel de Niquea, de Feliciano de Silva, acompañado de obras menos numerosas, entre las que cabe señalar los cuatro Amadís, Celestina, Belianis de Grecia, Celidón de Iberia, el Caballero Determinado, de Olivier de la Marche y Olivante de Laura*”. La prohibición de enviar a América “*muchos libros de romance, de historia y de profanidad, como son el Amadís y otros de esta calidad*” se remonta a una Real Cédula de 1531, y se reitera en 1543 con el agregado de la prohibición de tenerlos en las casas y especialmente suministrárselo a los indios. Hay referencias a registro de naves buscando obras prohibidas en 1556, 1558 y 1585. Una pragmática de 1585 recomendaba la presencia de religiosos en los escrutinios. De todos modos, no parece haberse acatado en los hechos y la Iglesia probablemente hiciera la “*vista gorda*” en tanto no se trataba de libros que estuvieran en el *Índex* de obras prohibidas o expurgadas (Rojo, 1992: 129).

4 De hecho, podría citarse una referencia anterior al *Quijote* en las letras brasileñas, si se tiene en cuenta que en 1735 se representa en Lisboa la pieza *Vida del gran Don Quixote de la Mancha y del gordo Sancho Panza*, escrita por el autor Antonio José, “*el judío*”, nacido en Brasil (Macedo Soares, 1947: 599).

investigaciones americanas y españolas, Montero Reguera atribuye a factores como la lejanía y la fundación tardía del Virreinato del Río de la Plata el retardo del conocimiento de Cervantes. En ese sentido, utiliza los argumentos de Guillermo Díaz Plaja:

La cultura literaria en los terrenos situados en el extremo meridional del Virreinato del Perú se produce, como es sabido, con un lógico retraso en relación con el núcleo intelectual de Lima. Nadie ignora que Córdoba es el primer foco intelectual de lo que un día habrá de ser la República Argentina, y, asimismo, es bien conocida la posición que en este grupo cultural mantiene la Compañía de Jesús hasta el momento de su expulsión, [que dio] a su labor cultural un fuerte matiz teocrático. No es fácil, en este ambiente, encontrar a Cervantes en las bibliotecas de los centros culturales de la época. (Cit. en Montero, 1992: 138, n. 33).

Sin embargo, la huella de la lectura del *Quijote* está presente en la etapa fundacional del campo cultural uruguayo. Es necesario recordar la pobreza material y cultural de Montevideo a fines del siglo XVIII y dejar claro que los libros no abundaban y no era fácil comprar un ejemplar del *Quijote* en un comercio de la ciudad. Isidoro de María cuenta una historia de un inglés que, en 1799, solicita a un librero español instalado en Montevideo, José Fernández Cutiellos, “*Feijoó, Lope de Vega y el Quijote*”, encontrando una respuesta negativa (cit. en González Gadea, 2005: 16). A pesar de esto, los inventarios conservados de las bibliotecas particulares más antiguas de Montevideo ya relevan la existencia de ejemplares del *Quijote*. Se trata de bibliotecas formadas entre 1780 y 1810, pertenecientes a Cipriano de Melo –constituida por 72 ejemplares – y a Francisco Ortega y Monroy –quien poesía 276 volúmenes. En la colección de este funcionario del Imperio Español se halló también un ejemplar de *Los trabajos de Persiles y Segismunda* (Sábat Pebet, 1958).

La Biblioteca de Ortega y Monroy estuvo depositada durante algún tiempo en la estancia de Martín José Artigas, padre de José Gervasio Artigas, héroe de la revolución oriental. Ese dato sirvió a algunos historiadores o ensayistas para tejer la hipótesis de que el héroe patrio pudo haber leído esos libros, lo que, de comprobarse, revelaría su formación autodidacta posterior al nivel básico alcanzado en el colegio de los padres franciscanos de Montevideo (González Gadea, 2005: 16). Sería una hipótesis más arriesgada aún, aunque atractiva, suponer que Artigas leyó el *Quijote* en esa biblioteca.

Por otra parte, la presencia del *Quijote* en la inspiración de las gestas independentistas latinoamericanas fue señalada ya en su momento, aunque no siempre con un sentido elogioso. González Gadea registra el uso del término “quijote” como calificativo aplicado a Artigas en una carta firmada por el español José Posada, el jefe que comandaba las fuerzas en la Batalla de Las Piedras, en mayo de 1811, la primera victoria del bando oriental y el inicio de la revolución en el territorio uruguayo.

El uso de “quijote” en ese sentido era entonces despectivo, en tanto lo confirma el Diccionario de Autoridades de la Real Academia Española de 1726. En similar sentido se atribuye a Bolívar la frase: “*Jesucristo, Don Quijote y yo hemos sido los tres mayores locos de la historia*” (González, 2005: 18). En 1810, a poco de iniciarse el levantamiento independentista en México, aparecen dos libelos contra Miguel Hidalgo, uno firmado por el doctor Agustín Pomposo, titulado “Las fazañas del Hidalgo Quijote de nuevo cuño, face-

dor de tuertos” y poco después uno anónimo con el siguiente título: “Nuevo encuentro del valiente mameluco Don Quijote con su escudero Sancho en las riberas de México, diálogo para la instrucción de la presente historia revolucionaria, en que igualmente se ridiculiza el execrable proyecto del cura Hidalgo y socios” (Salvador, 2005: 52).

Es obvio que la lejanía respecto a los primeros centros coloniales del continente y la fundación tardía del Virreinato del Río de la Plata incidió en el retardo comparativo del conocimiento de Cervantes en el territorio respecto a otras zonas de América del Sur. Si se observa el detalle de los inventarios publicados de las bibliotecas coloniales rioplatenses puede sacarse otras conclusiones que permiten rebatir las afirmaciones de Díaz Plaja sobre la ausencia de divulgación cervantina en la órbita educativa jesuítica del extremo sur de América.

Respecto al período colonial en Argentina, Barcia documenta la existencia de “*dos [dichos] libros de Don Quijote*” en el testamento del español Miguel Antonio de Escalante, en Cuyo, fallecido en 1738. Lo propio ocurre en una biblioteca de Catamarca, perteneciente al Padre Bartolomé José de Castro, en 1741, en el inventario de bienes de Felipe Haedo, un pulpero de Córdoba, a fines del XVIII, donde se registra “*un Don Quijote de la Mancha muy viejo*”. Asimismo, aparecen referencias a volúmenes en la provincia de San Juan, en 1770, en Mendoza, en 1776. En 1787, hay dos ediciones del *Quijote* en el catálogo de la biblioteca del obispo de Buenos Aires, quien poseía más de un millar de volúmenes, los que luego de su muerte pasaron a la recién fundada Biblioteca pública de Buenos Aires (Barcia, 2004: 79–81).

Mientras tanto, en Montevideo, todas las bibliotecas particulares son muy inferiores a la que poseía la comunidad jesuita al momento de su expulsión, en 1767. En el arqueo realizado en esa fecha, la biblioteca disponía de 1930 volúmenes, entre los cuales se hallan los primeros ejemplares conocidos en el Río de la Plata de los *Autos Sacramentales* de Calderón de la Barca y, de nuevo, un ejemplar del *Quijote* (Ferrés, 1975; Sábat Pebet, 1958). El destino de esos libros confiscados es bastante incierto. Una orden emitida por la Junta Provisional de Temporalidades de Buenos Aires que entendía sobre los bienes jesuíticos, resuelve que se entreguen al cura de Montevideo “*para que sirvan al público*” (Ferrés, 1975: 197). La resolución, que hubiera dado lugar a la creación de la primera biblioteca pública montevideana, no se llevó a cabo, y en 1775 se dispuso que los libros se entregaran a Buenos Aires, quedando en custodia del cura interino de la Iglesia Matriz, don José Manuel Pérez Castellano (Ferrés, 1975: 199), quien será el primer escritor criollo de Montevideo. Es fácilmente conjeturable que el ejemplar del *Quijote* de la biblioteca jesuítica fue el que leyó con devoción Pérez Castellano.<sup>5</sup> Algunos años más tarde, en un libro redactado por encomienda del gobierno patrio, las *Observaciones sobre agricultura*, acude varias veces a ejemplos del “*inmortal poema de Don Quijote*” [sic] y recuerda algunos episodios del libro (Pérez Castellano, 1968: 95). El delicioso libro, concluido en 1813 pero redactado tiempo antes, reúne consejos basados en sus prácticos conocimientos botánicos y en su experiencia como agricultor, integrando reflexiones y comentarios. El propio texto defiende el método de intercalar digresiones aunque se alejen del asunto central, cuando al hablar del cultivo de

5 La edición del *Quijote* de la Real Academia Española de 1780 venía precedida por una introducción de Vicente de los Ríos basada en el estudio de Mayans y Siscar (Ver *Introducción*). Lo más probable es que Pérez Castellanos leyera esa edición, puesto que al final de las *Observaciones sobre agricultura* (1813) hace referencia a “*Don Vicente de los Ríos en su análisis del Quijote*”.

membrillos hace la historia de los primeros pobladores de la ciudad: “Yo veo en escritores sabios y de mucha reputación, digresiones que sólo las hacen para aliviar la atención de los lectores, que se fatigan muchas veces en una lectura larga y seguida, cuando es monótona y aburrida”. Pérez elogia directamente a Cervantes, en la entrada correspondiente al cultivo de nabos:

No sé si los nabos entran también en la prohibición caballeresca de los ajos; ni me acuerdo tampoco si alguna vez Don Quijote le da en rostro a su escudero de ese grosero alimento, o si el mismo Sancho Panza hace confesión ingenua de que los usaba. Esto último me parece más propio de la discreción de Don Quijote, o por mejor decir de la de Cervantes, que engendró a aquel héroe en su cabeza fecunda. Sólo sé que los nabos no son un alimento ni fino, ni delicado. (Pérez Castellano, 1968: 62).

Esta primera referencia escrita a una lectura del *Quijote* en la orilla oriental del Plata prueba, sino la circulación, por lo menos el contacto de los pocos hombres ilustrados de la pequeña ciudad con el célebre libro. Del otro lado del estuario, en el actual territorio argentino, se han hallado ediciones del *Quijote* en los respectivos catálogos llevados a cabo al momento de la expulsión de los jesuitas: en el Colegio de Buenos Aires, en el Colegio de Santa Fe y en la Universidad de Córdoba (Furlong, 1946: 147). Es probable que otras tantas piezas existieran en algunas bibliotecas particulares de Buenos Aires, a juzgar por la opinión de Adolfo Saldías (1849–1914), para quien el *Quijote* gozaba de una gran aceptación en “*las repúblicas de habla castellana, porque encarna la democracia y la libertad*”, tanto que en su opinión “*hacia 1810 era el más popular de todos, el que más leían y releían los hombres de la revolución*” (Cit. en Montero, 1992: 134).

Para Icaza, aunque sea impreciso, la devoción por el *Quijote* se habría extendido en los años prerrevolucionarios a otros puntos de la América española:

El Quijote era ya más leído [...] durante el período de crisis que precedió inmediatamente a la emancipación de las antiguas colonias. Es de notar que no fuera tan citado por los hombres que personificaban la cultura hispanoamericana entonces –los que representaron a América en las Cortes de Cádiz, por ejemplo–, como por otros menos doctos y más populares, por francamente revolucionarios: hombre de acción que hacían historia a la vez que la escribían; que estimaban la literatura como medio de propaganda; que la practicaron con rudeza de pueblo. (Icaza, 1918: 118).

Si se tiene en cuenta que Francisco Icaza fija la primera referencia literaria hispanoamericana a la novela de Cervantes en *La Quijotita y su prima*, publicada en 1819 por el mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi (Icaza, 1918: 120), las inocentes incursiones cervantinas de Pérez Castellano, lógicamente desconocidas por Icaza, serían las primeras referencias literarias a la obra en América.

Por otra parte, en 1818, aparece una referencia literaria en Argentina, esta vez en un registro de tono gauchesco. Se trata de la *Confesión histórica en diálogo que hace el Quijote de Cuyo Francisco Corro*, de Juan Gualberto Godoy, publicado en Mendoza (Chávez,

2004), lo que obliga a pensar en un conocimiento bastante amplio de la novela en el Río de la Plata y de su apropiación en una lengua mestiza y criolla hasta un extremo que nunca pudo haber imaginado siquiera Juan Montalvo. Lauro Ayestarán rescató un caso similar en territorio uruguayo, en 1823 (Ayestarán, 1849).

De todas formas, la recepción hispanoamericana del *Quijote*, tanto la demanda y circulación de volúmenes, como el sentido en que fue leído, funcionó más o menos como reflejo de lo que ocurría en la metrópoli. En verdad, una fuerte e inmediata repercusión ocurrió en el propio XVII, cuando ante todo se lo leyó como un libro de burlas, para ir decayendo a lo largo de esa centuria y reaparecer en citas y ediciones ya avanzado el siglo XVIII, considerándose entonces como obra canónica (Icaza, 1918; Montero, 1992).

Quizá esto explique la fortuna de las ediciones americanas de la novela, que se hicieron esperar hasta bien entrado el siglo XIX. La primera de todas ve la luz en México, en 1833. A partir de esa fecha, varias se suceden en forma casi ininterrumpida en esa ciudad; en la chilena Valparaíso se realiza una edición abreviada en 1863, mientras que en 1880 sale en Montevideo el primer *Quijote* de América del Sur, por más que la edición argentina —publicada en la ciudad de La Plata en 1904— ostenta en su portadilla la inscripción “*Primera edición sudamericana*”. Hasta 1930 la anterior era desconocida. El hallazgo de esta rara edición de 1880 correspondió al uruguayo Arturo Xalambrí, quien atesoró una importante biblioteca cervantina.<sup>6</sup> Un folleto publicado en Madrid en 1930 contiene un apéndice en el que se detalla la forma y el estado en el que encontró el ejemplar y oficializa esta edición en el ámbito de los estudios cervantinos (Báig Baños, 1934:11). El *Quijote* uruguayo fue publicado en entregas, sin encuadernar, por el periódico *La Colonia Española* como regalo para sus suscriptores, por lo que Xalambrí estima que la edición no pasaría de los quinientos ejemplares.

Como sea, Cervantes no fue un escritor imitado en América, como sí lo fueron, por ejemplo, Góngora o Quevedo.<sup>7</sup> Durante el siglo XIX se produjeron en América, sobre todo, comentarios, homenajes, estudios críticos dedicados a Cervantes o a la novela y sus personajes, más que textos de creación (Icaza, 1946, Salvador, 2005). Sin embargo, se han señalado referencias y hasta reminiscencias claras en el siglo XIX, como en *La Quijotita y su prima* (1818–1819), del mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi (1776–1827), que no es una imitación sino una novela de costumbres cercana a los manuales para la formación de las jovencitas, que pinta el ambiente colonial de comienzos del siglo XVIII. Uno de los personajes de esta novela justifica la elección del nombre de la protagonista:

Don Quijote era un loco y Doña Pomposa es otra loca. Don Quijote tenía lúcidos intervalos en los que se explicaba bellamente, no tocándole sobre caballería. Doña Pomposa tiene los suyos, en los que no desagrada su conversación; pero delira en tocándole sobre puntos de amor y de

6 En la actualidad la biblioteca cervantina de Xalambrí está en poder de la Universidad de Montevideo, aunque a juzgar por el catálogo editado en 2001, no se conservan los seiscientos libros cervantinos que se expuso en 1947, en vida del bibliófilo, según se notifica en el N° 1 de la revista *Escritura*, Montevideo, 1947. (Véase *La belleza de la biblioteca. La recepción de Cervantes en Uruguay a través de Arturo Xalambrí*. Montevideo, Museo de Artes Decorativas Palacio Taranco/ Universidad de Montevideo, 2001).

7 Ver Emilio Carilla. *El gongorismo en América*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 1946.



hermosura [...] Don Quijote... pero ya habré cansado vuestra atención, serenísimo congreso, con tanto quijotear (Icaza, 1918: 20).<sup>8</sup>

A su vez, en 1832, Fernández de Lizardi publicó *Vida y hechos de del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda*, otro relato de inspiración cervantina. En Colombia y en 1849, José Calcedo Rojas estrena una obra teatral sobre la vida de Cervantes. Luis Otero Pimentel, un militar gallego que participó en la Guerra de Cuba y radicado en la isla desde muy joven, publicó allí *Las nuevas aventuras de Don Quijote de la Mancha* (1866), que sería, según opiniones recogidas por Álvaro Salvador, “una voluminosa y extravagante narración enmarcada en ambiente cubano” (Salvador, 2005: 53).

Otra obra del género costumbrista e inspiración quijoteril fue *El cristiano errante* (1845–1847), del escritor y polemista guatemalteco Antonio José Irisarri (1786–1868), pero sólo en los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Ensayo de imitación de un libro inimitable*, del ecuatoriano Juan Montalvo (1833–1889) el concepto de “imitación” se reformula a partir de una conciencia estética. Se busca recuperar la lengua de Cervantes como una herencia común que pertenece a los hispanoamericanos y como un modelo para dignificar el castellano frente al prestigio del francés por esos días entre las élites intelectuales. Para Montalvo, la figura de Cervantes sirve de andamio para uno de los primeros intentos de definir una identidad lingüística y cultural continental, cuando esta se hallaba explícitamente en proceso de construcción.

Aunque no sea el primer texto que se ocupe de *Don Quijote de la Mancha* en Hispanoamérica, los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* es la obra puente o, si se quiere, el punto de partida para rehacer el itinerario del encuentro con la obra cervantina en América. Cervantes despertó en el siglo XIX el interés de críticos y gramáticos como Andrés Bello,<sup>9</sup> Amador Urdaneta (1877), Adolfo Saldías (*El Quijote*, 1893) y Rufino José Cuervo,<sup>10</sup> por mencionar los más notorios. Juan Bautista Alberdi le rindió homenaje en la sátira *Peregrinación de la luz del día* (1871). Pero Montalvo fue el primero en la ambición de apropiarse del modelo y captar el tono cervantino, en buena medida imitándolo. En 1882 da a conocer sus *Siete tratados*, el último de los cuales —“El buscapié” —<sup>11</sup> servirá como “Prólogo” a *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Ensayo de imitación de un libro inimitable*, el cual, pese a los esfuerzos del autor, sólo será publicado en forma póstuma en París, en 1905. Es posible que la permanente reescritura a la que sometió su texto, así como

8 Según Icaza, esta es la primera mención literaria al *Quijote* de Hispanoamérica (Icaza, 1918: 120). Sin embargo, como se ha dicho, son anteriores las *Observaciones sobre agricultura* de Pérez Castellano, de 1813, aunque publicado en 1848, a más de treinta años de la muerte del autor.

9 Además de la confesada admiración juvenil por Cervantes, Bello documenta su conocimiento del autor y en especial del *Quijote* en sus trabajos sobre gramática de la lengua. Véase, a modo de ejemplo en su vasta obra: *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana* (1841), en Bello, Andrés. *Obra Literaria*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979 (Selección y Prólogo de Pedro Grases).

10 Cuervo editó y prologó —probablemente en 1907— *Cinco Novelas Ejemplares* de Cervantes (Estrasburgo, Heitz & Mündel). Otras referencias a Cervantes se encuentran en *Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano* y en el *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana*, iniciado en 1872 por el lingüista colombiano, continuado y culminado por el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá.

11 “El buscapié” es un opúsculo apócrifo, atribuido a Cervantes como defensa de la Primera Parte del *Quijote*. Adolfo de Castro lo publicó en 1848, con notas históricas, críticas y bibliográficas (Cádiz, Imprenta Librería i Lit. de la *Revista Médica*, 1848). Casi inmediatamente se descubrió que era una falsificación.

los intentos denodados por publicarlo, reflejen la alta estima que Montalvo tenía de esa obra suya, a la que llamaba “mi Quijote” (Montalvo, 1930: VIII).

Cada época pone el énfasis en uno u otro aspecto de la realidad y lee los textos recibidos por la tradición de acuerdo a sus inquietudes y obsesiones. Aun a pesar de la hermenéutica positivista, en el siglo XIX se consolidó una tendencia a encontrar en el libro de Cervantes símbolos trascendentes, en especial el reflejo de una dualidad humana eterna, encarnada en Don Quijote y Sancho como opuestos complementarios. También así lo leyó Montalvo, como manifestación de “*los dos polos del hombre*”: para él Don Quijote y Sancho representan “*el espíritu y los sentidos, el pensamiento y la materia*” (Montalvo, 1930: VII–IX). De ese modo participa de una visión “moderna” del Quijote inaugurada con el Romanticismo, la que consolidó la superación de los tipos cómicos y la mera parodia. Es probable que de la *Filosofía del arte*, de Schelling, arrancara la dicotomía entre lo trascendente y lo empírico epitomizada en el *Quijote* tal como la adoptó Montalvo. De acuerdo a esta concepción, los personajes son funcionales a la idea de la lucha eterna del espíritu entre el ideal y el pueblo. Schlegel y Heine tenderán a expandir esas interpretaciones históricas, e igual suerte tendrán los elogios de Hegel al *Quijote* como modelo de obra artística, cuya acción se basa en oposiciones y permite la libertad de un personaje con independencia de la sociedad (Menéndez Pelayo, 1943: 201; Rodríguez, 2003). O la importancia que al humor cervantino dieron Richter y Schopenhauer, como procedimiento elevado para poner en evidencia las antítesis de la vida. En adelante, y por esos carriles de significación, comienzan los personajes a adquirir categoría de símbolos y así se interpretan también en América Latina.

Nada puede extrañar, entonces, que Montalvo participe de la concepción romántica de Don Quijote tanto como héroe trágico que se esconde tras cómicas desventuras, cuanto en un sentido de la obra inteligible sólo para algunos, según el cual el Quijote es el símbolo del hombre:

Don Quijote es una dualidad; la epopeya cómica donde se mueve esta figura singular tiene dos aspectos: el uno visible para todos; el otro, emblema de un misterio, no está al alcance del vulgo, sino de los lectores perspicaces y contemplativos que, rastreando por todas partes la esencia de las cosas, van a dar con las lágrimas anexas a la naturaleza humana guiados hasta por la risa. (Montalvo, 1930: VI).

No faltan en las páginas críticas de Montalvo consideraciones estéticas que, en este caso, están muy ligadas a la ética. La valoración sobre la obra admirada y monumentalizada del pasado arroja luz sobre su propia poética, y esta implicancia se extrema si se tiene en cuenta hasta dónde Montalvo quiere *impregnarse* de Cervantes, escribir una continuación. Escribir, en fin, su propio *Quijote*. Consciente o inconscientemente elige un Cervantes que coincida con sus propios objetivos: el propósito moral, el uso de la pluma como arma de combate, el afán reformador, quizá más quijotesco que cervantino, conforme a la inclinación de su temperamento, también afín a Larra. Aunque el autor americano es muy explícito respecto a algunos propósitos de los *Capítulos...*, deja que la crítica a la sociedad contemporánea se lea entre líneas, aunque a un lector de su época le resultara clara la sátira sobre la política y los hombres de su país.



Montalvo prefiere el humor que roza la ironía, y por eso afirma que “*la espada de Cervantes fue la risa*”. Lee el *Quijote* pasando por encima de su triunfo sobre las novelas de caballería, al fin en el plano estético, para quedarse con la derrota que la letra es capaz de infligir en la realidad social, su eficacia en el plano ético que consideraba superior: “*El triunfo de Cervantes fue la sátira boyante, el golpe tan acertado, que la enorme locura de ese siglo, herida en el corazón, quedó muerta*” (Montalvo, 1930: XIV y CXVII).

En el capítulo IV de “El buscapié” trata Montalvo de la imitación, motivo que le sirve para problematizar la posibilidad de una cultura americana original. Sin cuestionar el eurocentrismo ni la idea de la cultura americana como copia o reflejo, sugiere, con falsa modestia, que el único aporte posible es escribir un *Quijote* para los americanos:

Lo que no les fue dable a los mayores ingenios españoles ¿ha de alcanzar un semibárbaro del Nuevo Mundo? Sírvale de excusa la ignorancia, abónele el atrevimiento, que suele ser prenda o vicio inherente al hombre poco civilizado. (Montalvo, 1930: XXIV).

Ironizando sobre el problema de la americanidad como una hispanidad de segundo orden o, dicho de otro modo, el de una cultura mestiza que carece de carta de ciudadanía para parangonarse con la europea, Montalvo intenta afirmar la legitimidad del escritor americano a la par que reconoce válidos los modelos de una tradición castiza que entiende vigentes y aun dignos de emulación. Así, propone como una osadía la imitación de Cervantes:

Si él llegare a caer por aventura en manos de algún culto español, queda advertido este europeo que hemos escrito un *Quijote* para la América española, y de ningún modo para España. (Montalvo, 1930: CXVIII).

Cervantes le proporciona el tono y la inspiración, así como la procura de un idioma que busca preservar y limpiar de barbarismos, pero los hechos que se narran se fundan en acontecimientos del presente que, aunque pudieron haber ocurrido en escenario americano, han sido trasladados al ámbito arcaico y español del original, para cumplir cabalmente el propósito de la *recreación*.<sup>12</sup> En la nota introductoria de la edición de 1930 el editor afirma que en la lectura de los *Capítulos...* es posible encontrar “*no sé qué airecillo de sierra ecuatoriana*”.<sup>13</sup> Es claro que la fuente no es otra que la real y cotidiana, otra forma de fidelidad a Cervantes:

12 Hubo otros escritores americanos que se dedicaron a escribir continuaciones de las aventuras quijotescas ambientadas en América. Hasta donde sabemos, en el siglo XIX, el ya mencionado Luis Otero y Pimentel. *Semblanzas caballerescas o las nuevas aventuras de Don Quijote de la Mancha*, 1886. En el siglo XX, las novelas de los también venezolanos Mario Briceño Iragorry (*El Caballo de Ledesma*, 1942) y Pedro Pablo Paredes (*Leyendas del Quijote*. Mérida, Universidad de Los Andes. Ediciones del Rectorado. 1976). Recientemente, han aparecido dos libros de un autor uruguayo que, a medio camino entre la ficción y el ensayo, también ofrecen nuevas aventuras del hidalgo: Marcelo Estefanell. *Don Quijote a la cancha*. Montevideo, 2003 y *El retorno de Don Quijote, caballero de los galgos*, Buenos Aires, 2004, cuyos contenidos se retomarán en la segunda parte de este trabajo. Sobre el tema puede consultarse Ochoa Penroz, Marcela. *Reescrituras de Don Quijote*. Santiago: Lom, 1997 (donde dedica un capítulo a Montalvo).

13 Este editor, que firma G. Z. es Gonzalo Zaldumbide, quien vierte idénticos conceptos en una conferencia leída en Argentina en 1947: “El Don Quijote de América o *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*” (Zaldumbide, 1947: 657).

Las escenas [...] no son casos ficticios ni ocurrencias no avenidas; mas antes acontecimientos reales y positivos en su totalidad. [...] Muchas escenas puestas en tono caballeresco son las comunes y diarias, sin otro dificultad para componer de ellas un paso fabuloso, que echarle a la historia cortapisas y arrequives con sabor a antigüedad y caballería (Montalvo, 1930: CXIV).

Cuando escribe estas páginas, ya se había empleado algo de tinta en la posibilidad de una cultura americana original. Piénsese en los casos vigorosos de Sarmiento y de Bello. Si bien el primero abogó por la europeización de la Argentina y el imperio de la “civilización” frente a la “barbarie” del mestizo, defendió una forma de escritura diferencial del escritor americano, no atada a casticismos. Conocida es la aspiración de Bello a una cultura hispanoamericana independiente, dentro de la órbita de la gran comunidad del castellano, y habitual el reconocimiento de su silva *A la agricultura de la Zona Tórrida* como un grito de independencia en el campo poético. Conocedor de estos precedentes, Montalvo se inclina más bien, como liberal universalista, a la apertura de los americanos a los modelos de ilustración que tienen que venir de Europa, pero a los que se debe inyectar –siguiendo una impronta hegeliana– una savia nueva, la fuerza de los pueblos jóvenes, rústicos pero fecundos:

La naturaleza prodiga al semibárbaro ciertos bienes que al hombre en extremo civilizado no da sino con mano escasa. La sensibilidad es suma en nuestros pueblos jóvenes, los cuales, por lo que es imaginación, superan a los envejecidos en la ciencia y la cultura. El espectáculo de las montañas que corren a lo largo del horizonte; [...] los nevados estupendos que se levantan en la cordillera [...] estas cosas infunden en el corazón del hijo de la naturaleza ese amor compuesto de mil sensaciones rústicas, fuente donde hierve la poesía que endiosa a las razas que nacen para lo grande. El pecho de un bárbaro dotado de inteligencia inculta, pero fuerte, de sensibilidad tempestuosa, es como el océano en cuyas entrañas se mueven desacompañadamente y se agitan en desorden esos monstruos que temen al sol y huyen de él. (Montalvo, 1930: XLII).

Nicolás Rosa ha analizado la reescritura de Montalvo en tanto integrada a una serie o cadena de creaciones que dispara el *Quijote*, pero que tampoco se inicia con este, y que ponen en tela de juicio el concepto de autor, originalidad, imitación y copia, cuestiones que Montalvo tiene en cuenta de manera expresa (Rosa, 2006). Si Montalvo inicia el camino americano de imitación o copia que obsesiona a Pierre Menard,

(...) toma sus precauciones, –dice Rosa– [ya que] evidentemente no las tenía todas consigo; como imitador hispanoamericano dice que su «intento» es una «obrita», una «miniatura», sin dejar de pensar que el diminutivo aminoraba su intento, pero al mismo tiempo tenía clara conciencia de integrar la serie. [Censurando el Quijote de Avellaneda, Montalvo registra] que la emulación, aceptable dentro de la relación

discípulo–maestro, recrea, sin embargo el campo de las competencias y rivalidades (Rosa, 2006:160).

Acepta el “*robo textual*” al precio de la continuación de la serie: “*la identidad específica del Quijote no afecta la «identidad numérica» de sus distintas expresiones en el tiempo histórico y en distintos medios*” (Rosa, 2006: 159–160). Pero Montalvo tiene claro que “su” *Quijote* usará la lengua americana. Mayores problemas respecto a la lengua ofrecerá, según Rosa, el *Quijote* de Pierre Menard, aunque muchos años después: “¿*Texto bilingüe, en una o dos lenguas, Menard lo escribe en español y lo piensa en francés o lo escribe en francés y estamos leyendo una traducción siguiendo el ejemplo del Quijote, o es el Quijote en lengua americana de Montalvo?, ¿o es que hay otro Quijote desconocido enterrado en tierras argentinas, un Quijote baldío?*” (Rosa, 2006:163).

#### BIBLIOGRAFÍA

- Ayestarán, Lauro (1949). “La primitiva poesía gauchesca en el Uruguay: 1812–1851”, en *Revista del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios*, Año I, Tomo I, No.1, diciembre de 1949: 347.
- Báig Baños, Aurelio (1934). *El primer Quijote suramericano y el uruguayo don Arturo E. Xalambri*. Madrid: Unión Poligráfica S.A.
- Barcia, Pedro Luis (2004). “El *Quijote* en la Argentina. Período hispánico”, en *Boehi*–30. Bahía Blanca, mayo de 2004: 73–92.
- Chávez, Fermín (2004). *Historia y antología de la poesía gauchesca*. Buenos Aires: Margus Ediciones.
- Ferrer, Damián (1989). *De Cervantes al Martín Fierro*. La Plata: Ediciones Almafuerte.
- Ferrés, Carlos (1975). *Época colonial. La compañía de Jesús en Montevideo*. Montevideo: Biblioteca Artigas.
- Furlong, Guillermo, S.J (1946). *Los jesuitas y la cultura rioplatense*. Buenos Aires: Huarpes.
- González Gadea, Diego (2005). *Cervantes en el Uruguay*. Montevideo: El Gal León.
- Icaza, Francisco A (1918). *El “Quijote” durante tres siglos*. Madrid: Imprenta de Fortanet.
- Leonard, Irving A (1953). *Los libros del Conquistador*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Montalvo, Juan (1930). *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Paris: Garnier.
- Montero Reguera, José (1992). “La recepción del *Quijote* en Hispanoamérica”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 500. Madrid, Febrero, 1992: 133–140.
- Palma, Ricardo (1977). “Sobre *El Quijote* en América”, en *Cien Tradiciones peruanas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho: 396–401 (Selección y prólogo de José Miguel Oviedo).

- Pérez Castellano, José Manuel (1968). *Selección de escritos. Observaciones sobre agricultura*. Montevideo: Biblioteca “Artigas”. Colección de Clásicos Uruguayos, tomo II (Prólogo de Benjamín Fernández y Medina).
- Rodríguez Marín, Francisco (1949). *Estudios cervantinos*. Madrid: Atlas.
- Rojo Vega, Anastasio (1992). “Los libreros españoles y América”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*. N° 500. Madrid: Febrero de 1992, 115–131.
- Rosa, Nicolás (2006). *Relatos críticos*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor.
- Sabat Pebet, J. C. (1958). “Las Bibliotecas de don Manuel Cipriano de Melo y Doña María Clara Zabala”, en *Boletín Histórico*. Montevideo, N° 75–76, 1958.
- Salvador, Álvaro (2005). “Relecturas americanas de Cervantes”, en Juan Carlos Rodríguez et al. *Cervantes y América*. Granada. Diputación de Granada.